

**A** CABA, el cardenal Ottaviani, de llamar la atención de los episcopados mundiales sobre diez errores doctrinales que él cree ver —al menos en atisbo— en el mundo del pensamiento católico actual. Leyendo las impresiones de la prensa católica mundial, un poco desorientada por esta medida, me acordaba de una anécdota que viví hace quince años.

Asistía —como casi único seglar— a las **Semanas Bíblicas** que se organizaban en Madrid, tras la severa encíclica del Papa Pío XII, titulada **Humani Generis**. El Papa Pío XII acusaba en ella su inquietud por ciertas interpretaciones bíblicas, en que parecían incurrir algunos autores católicos.

Los escrituristas que asistieron a esta **Semana**, los mejores y más calificados de España, se sentían perplejos por la condenación, un poco vaga, que había hecho el Pontífice en su documento. Y entonces a alguno se le ocurrió preguntar su impresión al padre Bover, S. J., el veterano y conservador especialista en Sagrada Escritura, que acababa de venir de Roma. Y, con gran sorpresa de todos, exclamó este moderado profesor: «Sinceramente, ni yo ni ninguno de mis compañeros de Roma, acertamos a saber a quién se refiere el Papa con sus palabras condenatorias».

Lo mismo que les ocurre a muchos católicos del mundo entero con este documento enviado por monseñor Ottaviani, porque resulta difícil saber, en concreto, a quién se refiere.

Hace catorce años, el teólogo Karl Rahner, S. J., desveló un fenómeno curioso, que ocurría entonces entre algunos católicos: una cierta heterodoxia difusa, y poco concreta, que se expresaba con temor, y con medias palabras; sobre todo, omitiendo una parte fundamental de la verdad. Calificó Rahner este proceso, de algo así como una herejía **criptógama**.

Hoy, sin embargo, las cosas han cambiado radicalmente. Todo el mundo habla, en la Iglesia católica, de todo. Y nadie se siente cohibido, ni mucho menos, para expresar con total franqueza —y a veces, incluso, con desgarró— lo que piensa en cualquier materia religiosa.

Los especialistas, hasta hace poco mediatizados por el temor a sentirse fuera de la ortodoxia, se sienten libres; incluso, ampliamente libres, para poder hablar de los pros y contras de ciertas actitudes intelectuales que hasta ahora se mantenían ocultas.

Pero el problema está en que, a pesar de existir tal franqueza, difícilmente se encontrarían autores católicos que incurran claramente en los errores difundidos por la carta de monseñor Ottaviani, al menos en su plena expresión.

¿Quién niega hoy la historicidad fundamental de bastantes pasajes bíblicos, a pesar de los matices que la ciencia aporta? ¿O quién se atreve a decir ni pensar, entre católicos, que el núcleo auténticamente dogmático —no algunas interpretaciones de teólogos— haya dejado de ser objetivo y real? ¿O que el magisterio ordinario de la Iglesia no exija nada de un católico? ¿O que toda verdad carezca de firmeza suficiente? ¿O que todo sea natural en los misterios cristianos? ¿O que no fuera real la presencia de Jesús en la Eucaristía, por intentar sólo superar algunas explicaciones teológicas de hace cuatro siglos, aceptadas sin crítica alguna hasta ahora? ¿O que el pecado no dijese relación alguna con Dios? ¿O que se niegue el pecado original en sus rasgos esenciales, aunque se discutan cosas accidentales, hasta hoy consideradas importantes, como el poligenismo? ¿O que se pretenda una moral puramente individual, sin sentido universal alguno? ¿O que el ecumenismo haga abstracción de los valores cristianos fundamentales?

**L** miedo al error, está —con motivo del Concilio— en vías de superación, en el mundo católico.

Hegel llegó a decir —como recordó Ortega— que es preciso tener la valentía de equivocarse; y el Vaticano II ha propugnado claramente el derecho a la libre investigación, en el campo del pensamiento religioso.

Lo mismo que hace setenta y cinco años había dicho monseñor Keppeler, el Papa, aristócrata de la inteligencia, que se llamó León XIII: «Hay que dejar a los sabios tiempo para que piensen; y para que se equivocuen». Los pensadores, opinaba el Pontífice, si son serios y pacientes investigadores de la verdad, llegarán —por sus propios medios científicos— a superar el error.

De ahí que pidiera el cardenal Léger al Concilio —y fue plenamente escuchado por él—, «la libertad de investigación en las ciencias sagradas»; porque «si esta libertad no estuviera perfectamente garantizada, se podrían seguir irreparables daños a la Iglesia católica», como algunas veces se ha visto en su historia.

Por eso —continuaba el arzobispo de Montreal, monseñor Léger— es evidentemente necesario que el magisterio (eclesiástico) no proceda con precipitación y con amenazas, sino que aliente y favorezca la investigación.

El Papa Pablo VI ha dado dos significativos ejemplos de ello: el primero cuando publicó su encíclica sobre la Eucaristía; y el segundo, al dirigirse al reciente Congreso de Teología post-conciliar, celebrado en el mes de octubre en Roma.

Varios teólogos holandeses —entre ellos el profundo padre Schillebeeckx, O. P.— habían intentado superar las categorías filosóficas —un poco pasadas ya— que estaban de actualidad en el siglo XVI, cuando la Iglesia definió dogmáticamente la presencia real de Cristo en la Eucaristía. No querían, sino llevar adelante el intento que dos pioneros católicos habían comenzado con timidez años antes: los padres M. Zundel y A. Valensin.

Pensaba el primero de estos teólogos —como muchos pensadores católicos tradicionales— que «la presencia de Jesús en el Santo Sacramento es más real que nuestra presencia en una habitación; y, sin embargo, no es una presencia local. Toda ingenuidad imaginativa —tan fomentada por muchos piadosos escritores de otros tiempos— pensaba que debía ser radicalmente barrida, porque «su presencia —la de Cristo— está por encima del tiempo, del lugar y del espacio». Su «presencia sacramental —a pesar de tanto dudoso milagro— es imposible captarla por los sentidos». A lo que añadía, pocos años después, el padre Valensin, S. J.: «El católico profesa que, cuando se produce la consagración, el pan y el vino cesan de estar ordenados a ser alimentos de nuestro cuerpo, aunque todavía siguen procurándonoslos. Todo este misterio religioso ocurre fuera del orden físico, pues las cosas —física y químicamente— continúan igual que estaban antes. La presencia de Cristo para el católico es real, ciertamente; pero es misteriosa. Eso es lo que quiere decir, en su esencia, la discutida palabra «transustanciación», que los obispos franceses eliminaron de una de las últimas ediciones del catecismo francés, para evitar, dada la cultura actual, complicaciones en su interpretación. «Evitando las hoy equívocas palabras «sustancia y accidente», los obispos franceses es como han expuesto la enseñanza del Concilio de Trento sobre la transustanciación», según afirma el teólogo italiano padre Baciocchi, S. M.

# LOS ERRORES DE OTTAVIANI

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

Nadie pretende negar esta misteriosa realidad de fondo, que Kant hubiera llamado «numerosa», —o sea, más allá de la realidad física—; y que no está dentro del orden de los «fenómenos» —que es el ámbito de la plena realidad física— como recuerda también el citado padre Valensin. Pero lo que sería ridículo es deducir de esto sólo una presencia puramente emocional.

Lo que si pretenden estos teólogos, de ayer y de hoy, es llegar a una mejor inteligencia de ese dogma, que sea más actual, y esté más en consonancia con nuestra cultura del siglo XX.

El Papa —escribiendo, hace pocos meses, su encíclica sobre la Eucaristía— no pretendió —según aclararon entonces, tanto Roma como los obispos de Holanda— condenar a ninguno de los teólogos holandeses que estudiaban la cuestión. Sólo iba contra ciertos imprudentes vulgarizadores, llenos de infantil y exagerado apasionamiento.

En este siglo, sin embargo, hemos asistido en la Iglesia —y sería penoso volver a repetirlo— a un clima de suspicacia y de sensación de peligro. Todavía está reciente lo que ocurrió con dos excelentes pensadores cristianos —inteligentes seguidores de Santo Tomás— el seglar Maritain y el sacerdote Journet.

Sobre ellos se cernía casi siempre el temor a una posible condenación del Santo Oficio, y algunos agoreros la anunciaban de inmediato. Todavía Journet, nada más nombrado cardenal —espaldarazo suficiente de su ortodoxia— pasaba con impresión de temor por la Piazza dei Santo Uffizio, donde reside este severo Tribunal, según me acaba de contar un dominico suizo, gran amigo suyo.

**O**TRO tema digno de recordar —entre los diez errores de Ottaviani— es el del poligenismo: es admitir la existencia de varias parejas que hayan podido ser cabeza simultánea de la humanidad que hoy existe.

Con gran sorpresa por mi parte vi, hace pocas semanas, en el periódico «Ya» una reseña de la conferencia inaugural del curso 1966-1967 en la Universidad de Comillas, que ahora está situada en Madrid. En ella se afirmaba que la teología se muestra cada vez más favorable —a pesar de las graves dificultades existentes todavía— a la posible admisión de esta teoría científica; quizá, para un próximo futuro, siempre que queden a salvo los principios, que el Papa recordó al Congreso de Teología, sobre el pecado original.

La ciencia ha llegado hoy a la conclusión de que es probable que haya habido en la evolución del cuerpo humano un solo «phylum», o rama, de la que el hombre actual procede. Pero, puede afirmarse que todos los hombres vengan de uno solo, como hasta ahora han solido decir los teólogos católicos?

Las primeras dudas surgieron cuando escrituristas católicos y protestantes —primero éstos que aquéllos— llegaron a la convicción que el término «Adán», empleado por el libro bíblico del Génesis (donde se describe la creación del hombre) era un vocablo genérico, que se refería al hombre en general, y no a un hombre concreto y determinado.

Las segundas vacilaciones nacieron cuando científicos católicos consideraron muy difícil cohesionar —desde el punto de vista evolucionista— el transformismo con la existencia de una sola pareja humana a la cabeza de la humanidad.

El primero de estos científicos fue el profesor de la Universidad Católica de Lovaina, Camille Müller, que —analizando críticamente la encíclica **Humani Generis**, de Pío XII— llegaba a la conclusión de que quizá algún día se admitiese una interpretación de la historia primitiva de la humanidad que no fuese la monogenista. Pero su libro «La encíclica **Humani Generis** y los problemas científicos», fue entonces condenado e incluido en el Índice de Libros Prohibidos.

No obstante —tanto el prudente cardenal Bea, como el inteligente, pero conservador, padre J. M. Alonso, C. M. F.— vieron entonces ya que el Papa Pío XII, a diferencia de lo que habían dicho los teólogos católicos hasta entonces, no condenaba el poligenismo en forma absoluta.

Más tarde otros teólogos, los profesores J. de Fraine y A. Vanneste, pudieron dar una interpretación, que estaba abierta a la explicación poligenista, de las definiciones dogmáticas que hizo el Concilio de Trento, y de las enseñanzas del Génesis y de San Pablo; porque hasta aquel momento había parecido que sólo una pareja humana al comienzo de la historia, era conciliable con la enseñanza católica.

Posteriormente, dos profesores de la Universidad Gregoriana de Roma,

**SIGUE**



**¡ la única laca que se elimina  
con un suave cepillado !**

# Elnett *Satin*

Los cabellos de la mujer son probablemente lo que tiene de máspreciado... Y por ello, los cabellos de la mujer exigen productos de alta calidad. Por ejemplo, cuando usted escoja una laca, sea prudente, sea exigente... y escoja Elnett Satin de l'Oréal. Elnett Satin mantiene sus cabellos, naturalmente, pero si usted utiliza regularmente Elnett Satin y solamente Elnett Satin, sus cabellos permanecerán sedosos, brillantes, limpios. Es esta la cualidad y superioridad de Elnett Satin ; Elnett Satin, la única lacá que se elimina con un suave cepillado !

*(Existe también una formula Elnett especial para cabellos grasos).*

**L'ORÉAL  
PARIS**



# LOS ERRORES DE OTTAVIANI

los padres Alszeghy y Flick, S. J., acaban de abrir —con prudente criterio— nuevos caminos a este problema tan delicado.

Y el padre Alejandro Martínez Sierra, S. J., en el citado discurso de apertura —reseñado en la prensa diaria—, resume la hipótesis de estos teólogos en tres puntos:

- 1.º Dios es el que «mueve la materia, creada por El, hacia estructuras cada vez más complejas». Es la evolución de todos los seres vegetales, animales y racionales. Y «a través de varias ramas surge, de organismos inferiores, el hombre; y su evolución, como la del individuo —en su vida individual— va pasando, por períodos de infancia, al estado adulto» (la ontogénesis resulta —de esta manera— modelo de lo que ocurre en la filogénesis). «Así habrá varias generaciones de hombres-niños —por así decirlo— sin capacidad de entender y querer. Este es el primer paso en la evolución del hombre.
- 2.º Tras este comienzo «llega un momento en que la humanidad es capaz de escoger entre el bien y el mal, en un horizonte de libertad. Es el momento de dar paso hacia un mundo que supera todo lo anterior: el mundo de la gracia, del orden sobrenatural... Este paso no se realiza solamente bajo el impulso de la evolución, sino que requiere el consentimiento del hombre, que debe subir a un grado superior del ser...». Estamos ante el misterio cristiano de la elevación del hombre a la vida divina.
- 3.º Entonces es cuando ocurre el hecho doloroso —en la doctrina católica— de que «la humanidad se opone a la voluntad de Dios, y el pecado entra en el mundo. Es el momento en que, para toda la humanidad, «la evolución se pasa»; y así queda bloqueado, en todos, «el impulso hacia una evolución sobrenatural». Este es el pecado original, enseñado por el dogma católico, y del cual surgen después dos teorías para explicar la conexión del hombre actual con este primer pecador; ya que todo hombre, a partir de entonces, queda cortado —por esta actitud de freno evolutivo— en su posibilidad de amar a Dios y dialogar con El, en que consiste esa vida divina o sobrenatural, concedida al hombre en aquel momento histórico. La primera teoría liga a todos los hombres a través del comienzo evolucionista, porque parte de una materia común, lazo de unión de todos, aunque no sea descendiente natural todo hombre del pecador concreto que frenó la evolución. La segunda explicación resuelve el problema por medio de la hipótesis de la solidaridad corporativa de toda la humanidad, que explicaría que todos —solidarios como hombres— participarían, en alguna manera, de esa primera falta.

A través de su análisis vemos que «la inconciliabilidad del poligenismo con el dogma del pecado original, no es hoy tan evidente como hace quince años». (P. Martínez Sierra, S. J.)

Hemos pasado, desde la teología que condenaba el poligenismo como herético, antes de Pío XII, a admitir, poco después, una remota posibilidad futura de tal teoría, en vida de este Papa, llegando ahora Pablo VI a pedir una definición y presentación del pecado original, que sea más moderna; es decir, que satisfaga más las exigencias de la fe y de la razón, como las sienten los hombres de nuestra época.

Si Pío XII negó, al poligenismo, la libertad condicionada que permitió en el evolucionismo, prohibiéndola para aquél al menos temporalmente, «Pablo VI —en cambio— se abstiene de formular la incompatibilidad del poligenismo en general, y de la fe de la Iglesia, y rechaza solamente algunas teorías modernas...; pero (sus palabras son) una prueba evidente de esa puerta abierta, y un estímulo al estudio de los problemas que la ciencia moderna presenta a la doctrina católica del pecado original». Aunque esa libertad tenga sus límites y el dogma sea siempre el mismo, hay que reconocer que muchas veces se le adhieren cosas que creemos dogmáticas y que, en realidad, no lo son. Por eso la ciencia religiosa tiene, como uno de sus cometidos más importantes, el de limpiar la religión de adherencias contingentes, que desfiguran —a pesar del atractivo que tuvieron en un tiempo— el núcleo central del pensamiento cristiano.

**L** cardenal Ottaviani —que varias veces ha declarado que ya se ha clausurado la época de las condenaciones— no hay que creer, por tanto, que ahora pretenda, con esta lista de diez errores doctrinales, retrotraerse de lo que públicamente ha confesado, hasta en los periódicos, pocos meses antes.

Si ha escrito esta —en apariencia— inquietante carta, ha sido para llamar la atención de quienes pueden desviarse en su libre investigación; pero sin ánimo negativo alguno.

Y la mejor prueba de ello es la dificultad que se presenta —a pesar de la patente opinión pública que hay en la Iglesia— para encontrar esos errores en nadie concretamente. Lo lamentable sería, no obstante, que alguien tomase pie de ello, para encontrar a toda costa al culpable, sin que existiese verdaderamente. Y que cayesen tristemente en entredicho personas dignas de estima, que nunca están exentas de algún fallo como cualquier humano; pero que indudablemente son cristianos sinceros, e investigadores meritorios de la verdad.

Un paro brusco en su actividad de escritores, o de buscadores de la verdad religiosa, sería hoy fatal, como han visto bien claro los obispos de Francia, adoptando una comprensiva actitud, y que nosotros veremos sin duda también en España.

E. M. M.

su próximo  
estreno igéneros  
de punto  
**crilenka®**



**crilenka®**

FIBRA ACRILICA

**LA FIBRA ACRILICA ESPAÑOLA**

Se preparan ya los muestrarios de géneros de punto Crilenka. ■ La próxima primavera podrá usted admirar una extensa gama de prendas suaves al tacto, ligeras, lavables, de sugestivos dibujos y tonalidades.